

# MATERIALISMO Y SERIE NEGRA: EL CASO ESPAÑOL

¿Existe realmente algún tipo de lazo entre la novela negra y la política? El hecho de que las duras novelas estadounidenses originales de Dashiell Hammett y Jim Thompson coexistieran con la depresión parece indicarlo por sí mismo, aunque es difícil imaginar que los parados gastasen parte de sus exiguos fondos en cualquier tipo de ficción. Además, el vínculo temporal entre novela y depresión se debilita en gran medida dado que los mayores protagonistas del género, Raymond Chandler, Ross MacDonald, Robert B. Parker y otros muchos escribieron durante los años prósperos del periodo de postguerra. Las dos afirmaciones gemelas que suelen hacerse de que la novela policiaca dura es la literatura del cinismo y de que la corrupción de la política americana es la mayor fuente de material para esa literatura pueden contestar en parte. Sin embargo, si esto es así, resulta más sorprendente la cuestión de ¿por qué la transición de la dictadura a la democracia en España, un periodo ostensiblemente de esperanza y optimismo, tendría algo que ver con las novelas de detectives? Realmente puede verse algún tipo de conexión, especialmente por la coincidencia cronológica de la eclosión en la escritura de literatura policiaca autóctona en España y las traducciones de novelas extranjeras rudas con los años de la transición, entre 1975 y 1986.

La naturaleza de esa conexión puede deducirse de lo que sugieren los distintos

tipos de ficción que se escribieron y tradujeron y de los que no lo fueron. La literatura autóctona de espionaje, que en Gran Bretaña y Estados Unidos compitieron con la ficción policiaca, estuvo singularmente ausente en España. Esto no quiere decir que John Le Carré y Frederick Forsyth no hayan sido inmensamente populares en sus traducciones. Sin embargo, la falta de tradición autóctona en la escritura sobre siniestros agentes nazis y/o soviéticos refleja la falta de participación directa de España tanto en la II Guerra Mundial como en la Guerra Fría. Igualmente, la tradición peculiarmente inglesa del género de “la reunión en la vicaría para tomar el té” dedicada al racionamiento estéril —Dorothy Sayers, Margery Allingham, P. D. James— aunque fue traducida, no generó ningún equivalente local.

Aquí yace una clave significativa. La preponderancia en Gran Bretaña de este tipo de novelas preeminentemente apolíticas refleja, al revés de lo que aparece en la política diaria, el hecho de que una noción central de la política cultural británica es que el servicio político se basa en el deber cívico y tiene como objetivo prioritario el bien público. En Estados Unidos y en gran parte del mundo de Latinoamérica, por el contrario, es axiomático que el servicio político tiene como objetivo prioritario el beneficio privado. Es decir, la noción cínica que subyace en el corazón de la novela policiaca dura, especialmente en su variante

californiana, es un lugar común de la política española como de la estadounidense. Durante 35 años antes de 1975, la manipulación de las redes de corrupción fue una de las mayores habilidades del general Franco. Desde las fortunas individuales que hicieron algunos de sus ministros a los escándalos de empresas más colectivas como Matesa o Aceite de Redondela, la corrupción a gran escala o el autoenriquecimiento a un nivel más bajo se convirtió en una forma de vida que marcó la cultura política española durante las generaciones siguientes.

El hecho de que el auge de la novela policiaca en España fuera liderado por escritores que emulan la ficción dura habla por sí mismo. Manuel Vázquez Montalbán, Andreu Martín, Jorge Martínez Reverte y Juan Madrid siguen la fórmula clásica de Hammett con Spade, Chandler con Marlowe, MacDonald con Archer, Parker con Spencer, del detective cínico con un corazón de oro que actúa en un mundo cruel de depredadores. La combinación se ajusta especialmente bien en un marco español, ya que Bogart/Marlowe, como el héroe arquetipo del género cinematográfico de la serie negra B fue iconizado como el héroe más cínico con el corazón más tierno en Rick, el ex brigadista internacional, cuyo corazón tierno le llevó a España en 1936 y que desarrolló su cinismo como consecuencia de sus experiencias en la Guerra Civil española.

La coincidencia cronológica de la ficción dura y la transición política española apunta a otra concomitancia, la de prosperidad y corrupción política. No es de extrañar que en la Gran Bretaña de la señora Thatcher en los años 80, hubiera una eclosión de la literatura policiaca dura tanto autóctona como importada. Es evidente que siempre hubo una abundante ficción policiaca disponible en Gran Bretaña, mientras que en España fue mucho más exigua, como da fe la inflada reputación de García Pavón. La razón es que la literatura política en España no era hasta entonces la literatura del cinismo sino la del idealismo o la de la indignación. Dada la conflictiva naturaleza de la política española antes de 1939, había poco sitio para una literatura pasiva como lo es la historia policiaca dura. La ficción detectivesca americana asume que el sistema político es inmutable y el detective endereza las cosas que el sistema no puede. Lo que no hace, o ni siquiera aspira a hacer, es cambiar algo fundamental. Después del flujo de los años 30, se impuso en España una sensación de estancamiento político pero la censura prohibió el cinismo explícito, junto con la moral sexual laxa, de la serie negra.

Aunque este tipo de literatura, tanto autóctona como importada, faltaba en la España franquista, las condiciones para su popularidad y su proliferación estaban creciendo. Eran las mismas condiciones que facilitaron la transición política en España. La dictadura de Franco se había producido para proteger y maximizar los beneficios de la victoria de la derecha en la guerra civil. Se impuso sobre un tipo de España y sin darse cuenta creó otro. Una legislación laboral represiva facilitó el desarrollo del capital nacional y finalmente hizo atractiva España para los inversores extranjeros.

El anticomunismo feroz de Franco y la posición geopolítica de España abrieron el camino para la alianza con Washington y el capital americano. El auge europeo y la explosión turística hicieron el resto. Una sociedad moderna y dinámica se desarrollaba dentro de las limitaciones de la política franquista.

Al mismo tiempo, el cambio social y la prosperidad iban acompañadas por dos influencias culturales significativas. Por una parte, el influjo del cine americano y de la cultura de la coca-cola en general crearon una amplia receptividad para los productos de la cultura popular americana. Por otra, se dio cierta legitimación a algunos de los artefactos de esa cultura, especialmente a la ficción dura y a las películas de la serie B, dado que muchos de ellos habían sido recogidos por los intelectuales franceses que tuvieron gran influencia en los jóvenes intelectuales de Barcelona y, en menor grado, de Madrid. Al mismo tiempo, en los últimos días del régimen de Franco algunos de los escándalos más exorbitantes de corrupción salieron a la superficie y en el periodo inmediato a la muerte del dictador se publicaron muchas revelaciones que intensificaron el cinismo público sobre la élite política. Un libro como el de Ramón Garriga, *Nicolás Franco: el hermano brujo*, por ejemplo, incorporaba alguno de los rasgos de cierto tipo de novela policiaca política.

La transición en España fue incruenta, basada finalmente en un consenso entre los intereses españoles y los de las empresas multinacionales y la oposición democrática y los sindicatos. Para asegurar que no volvería a haber otra guerra civil la izquierda pagó el precio de renunciar a la venganza y limitar sus aspiraciones políticas. La consecuencia in-



Nace Francisco Franco Bahamonde. En la foto con sus padres. 4-12-1892.

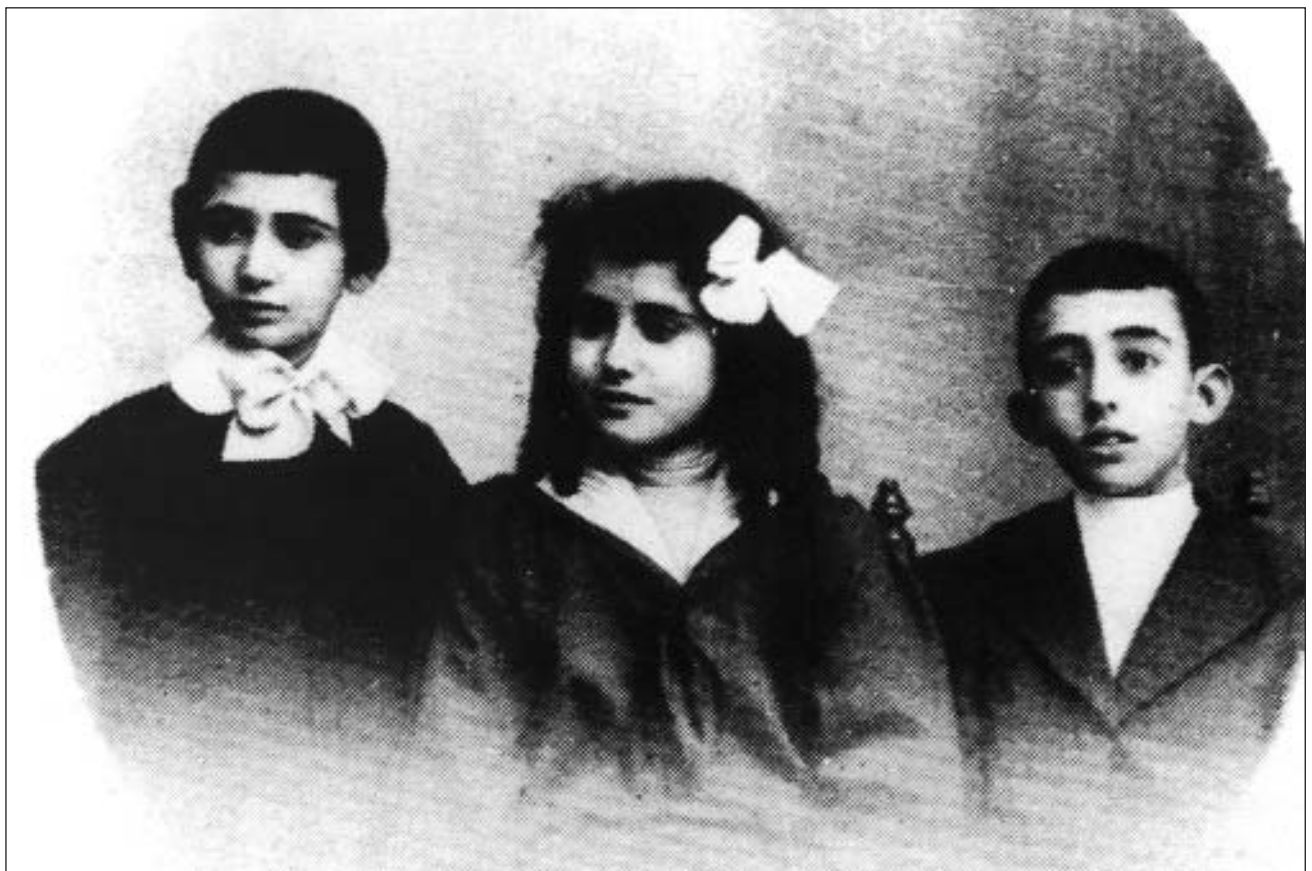
mediata fue la desmovilización política de las organizaciones de masas que habían salido a la superficie en 1976. La transición fue una transacción negociada en habitaciones llenas de humo. En consecuencia, con la llegada de la democracia a España, surgió un mundo identificablemente contaminado por la corrupción, que es el tema de mucha de la ficción estadounidense. Los escritores españoles empezaron a girarse hacia un género popular y que se paga bien, pero que además les permite un comentario oblicuo, profundamente moralista, aunque finalmente impotente, sobre la corrupción y el materialismo de la política,

un punto de vista que sin duda confirmaba el materialismo evidente de algunos de la élite socialista, con su economía *thatcherita*, su gente guapa y el episodio de Juan Guerra. Así, la obra de Manuel Vázquez Montalbán brota con la desilusión de su propia militancia política, su desesperación por el autoritarismo interno del Partido Comunista de España y sus fracasos externos; Andreu Martín sacó las consecuencias de la eclosión franquista y mostró de antemano los efectos de la cultura de las drogas en los márgenes de la sociedad española.

Se está poniendo de moda en España, como sucedió antes en Francia, profesar cierto interés por la novela negra. Sería peligroso sacar consecuencias demasia-

do abstractas de esto. Las razones de la popularidad de la novela negra en España son muchas y la mayoría tiene que ver con el simple escapismo. Las razones por las que los autores eligen el género policiaco en España van desde el puro comercialismo al sentido, implícito hasta ahora en este artículo, de que las convenciones del género son un vehículo adecuado para aceptar las realidades políticas de la vida diaria. Las razones por las que los lectores las leen son evidentes en un nivel, después de un día de trabajo monótono o alienado, cualquiera puede estar deseando una velada sin complicaciones con Ed McBain. Sin embargo, el escapismo como explicación se aplica virtualmente a todos los lectores de la serie negra de cualquier parte.

La evolución reciente en el género de la serie negra apunta a la política como una razón más específica de la popularidad del género. Un número creciente de novelas de detectives tienen un claro contexto político o histórico. Las mejores novelas en este, o en cualquier género, que se están escribiendo en Estados Unidos, las de George Higgins, tienen como fondo la corrupción política en Boston. Las de David Serafín o Jorge Martínez Reverte en España han apoyado sus argumentos en el turbio mundo de ETA y el golpismo. Las actividades del Pepe Carvalho de Vázquez Montalbán se desarrollan en el centro de una visión pesimista de la política contemporánea. De hecho, la novela policiaca siempre tuvo significación política y va



Los tres hermanos Franco Bahamonde.

unida de cerca de su fondo histórico. La historia social y moral de California en el siglo XX puede trazarse sucesivamente a través de las obras de Raymond Chandler para los años 30 y 40, de Ross MacDonald para los 50 y 60 y, para la historia más reciente, de las de Arthur Lyons, Robert Campbell y Max Bird.

Ernest Mandel, dirigente durante muchos años de la IV Internacional, escribió un libro sobre la serie negra cuya tesis central es que “la historia policiaca es el opio de las nuevas clases medias, una droga psicológica que les distrae de la intolerable monotonía de la vida diaria”. Es esta una versión profundamente historicista de la teoría escapista de la popularidad de la serie negra. De hecho, la explicación es más sutil. El detective es el que resuelve enigmas de la sociedad. Esto es aún más cierto ya que el individuo en nuestra sociedad cada vez más materialista se siente víctima de fuerzas oscuras y poderosas a las que nadie tiene respuesta, ni siquiera el sistema judicial, ni siquiera el Estado. La novela policiaca proporciona la ilusión de que hay una explicación y de que hay justicia. Y ningún país en Europa ha tenido en los años 70 y 80 más necesidad de esas ilusiones y de esas explicaciones que España.

En la gran tradición de la novela policiaca americana, de la que España extrae su propia tradición indígena, desde Dashiell Hammett, a través de Chandler y MacDonald, siempre había un sentido preciso del momento histórico y político. Conscientes de que había conexiones entre el crimen organizado y la política, y entre el delito y el capitalismo, presentaron el delito como una forma primitiva de acumulación capitalista. Al hacerlo, también consiguieron a través de su sensible recreación del ambiente



escribir una historia de la degeneración del sueño americano. Los mejores escritores de hoy en Estados Unidos, y en España, están haciendo algo similar y la historia y la política manifiestas en sus obras hacen aparecer un rasgo de la serie negra que siempre estuvo bajo la agitación de la superficie. Bertold Brecht señalaba una vez que la historia política se escribe para explicar las catástrofes y que “esta situación básica, en la que los intelectuales sienten que son objetos y no sujetos de la historia, modula las ideas que pueden exhibir para disfrute en la historia de crímenes”. Ya sea el cierre de fábricas, la construcción de nuevas carreteras, la información privilegiada, la violación de las selvas de la lluvia, la destrucción de la capa de ozono, la amenaza constante de las centrales para la energía nuclear o la complicidad política

en la distribución internacional y en el tráfico de drogas, o cualquiera de los centenares de otros problemas, recuerdan a los votantes ordinarios, las víctimas de la política, su impotencia y la complicidad de los políticos, las operaciones pagadas de la política, en el pillaje del planeta por razones económicas. Difícilmente sorprenderá que en España, como en cualquier otra parte, se consuelen leyendo la solución de los problemas imaginarios.